

de 1885 y acostumbraron á los consejos generales de las Facultades á la práctica de una libertad muy nueva para ellos.

Un decreto de 8 de agosto de 1886 puso en vigor los nuevos programas de la segunda enseñanza especial que el consejo superior había adoptado en julio. La enseñanza debía comprender dos lenguas vivas en vez de una y durar seis años en vez de cinco. El método general de la nueva enseñanza fué calçado, con poco acierto, sobre el de la enseñanza clásica: consistía en dar, en lo posible, á los alumnos no destinados á las carreras liberales una cultura tan literaria y desinteresada como á los alumnos de la enseñanza clásica. Goblet tuvo, sin embargo, el mérito de comprender muy bien que la revolución económica y social del siglo XIX determinaba otras revoluciones, que el sistema de educación de un Estado aristocrático, gobernado por una clase selecta, elegante y rica, no es propia ni puede convenir á una gran democracia, obligada á luchar constantemente para ganar el pan de cada día y conservar su puesto en la competencia universal. Si el tipo de enseñanza adoptado por el consejo superior en 1886 no era propio para satisfacer á todas las necesidades de una democracia laboriosa, la responsabilidad no es exclusiva del ministro; éste había indicado el camino; los partidarios de los estudios greco-latinos, que dictaban leyes para la enseñanza especial, no quisieron seguirlo.

La ley de 30 de octubre de 1886 sobre instrucción primaria no suscita las mismas críticas que la reforma incompleta de la segunda enseñanza especial. Dicha ley es una de las que más aplausos valieron á Goblet, que sostuvo brillantemente la discusión de la misma en el Senado, donde la derecha y el centro izquierdo disidente, y aun algunos individuos del centro izquierdo puro, dirigieron sus principales ataques contra la secularización de la enseñanza. El artículo 12 confiaba la instrucción á un personal exclusivamente secolar en las Escuelas públicas de todo orden; ningún congregacionista podía ser nombrado para las Escuelas públicas de los departamentos en que hubiese cuatro años que existía una Escuela normal de maestros ó de maestras. Los congregacionistas debían ser reemplazados, en las escuelas públicas de niños, cinco años después de la promulgación de la ley; las religiosas debían serlo, en las escuelas públicas de niñas, á medida de las vacantes, sin plazo previamente determinado para la ejecución de la ley.

Varios senadores del centro izquierdo y de la izquierda habían pedido que se quitasen á los prefectos y se devolviesen á los rectores las atribuciones de nombrar á los maestros y á las maestras. El ministro y el ponente de la comisión, Sr. Ferrouillat, combatieron la enmienda por razones políticas.

En la Cámara, la ley no fué atacada más que por la derecha, cuyas enmiendas fueron todas desechadas. La izquierda, á fin de acabar con una discusión que hacía años que duraba, se había concertado para aceptar sin modificaciones el texto senatorial, que fué adoptado el 27 de octubre. La ley de primera enseñanza era un nuevo golpe para la del 15 de marzo de 1850, que ya no subsistía sino en los artículos concernientes á la segunda enseñanza, y puede considerarse como el acto más importante del tercer ministerio Freycinet, pues ningún

otro tuvo una influencia más beneficiosa y decisiva sobre toda una serie de generaciones.

Once días después de la promulgación de la ley, uno de los que habían tomado la iniciativa de su elaboración, Pablo Bert, murió en el Tonkín, víctima del cólera, sin saber que la obra en que con tanto afán había colaborado acababa al fin de ser coronada. Por decreto de 27 de enero, Freycinet había organizado el Protectorado del Tonkín y del Anam, constituido en servicio autónomo. El gobierno de París únicamente nombraba al residente general, á los dos residentes superiores de Hanoi y de Hué y á dos ó tres residentes más. Todos los demás funcionarios del Protectorado eran nombrados por el residente general. Esta medida de intelgente descentralización completó con el nombramiento de Pablo Bert para el puesto de residente general. El 29 de marzo, Lao-Kai, punto extremo de la ocupación francesa sobre el río Rojo, fué tomado, después del relevo del general Courcy por el general Jamont en el mando de las tropas del Tonkín. La administración de Pablo Bert empezó bajo buenos auspicios, mientras la comisión de demarcación continuaba su trazado de la frontera entre Lang-Son y China, y las negociaciones entabladas simultáneamente en Tien-Tsin y en Pekín tuvieron por resultado, el 25 de abril, la conclusión de un convenio comercial entre Francia y el Celeste Imperio.

Igual tranquilidad reinaba en Madagascar, donde el Sr. Le Myre de Villers desempeñaba las altas funciones de residente general, desde que las Cámaras habían aprobado el tratado del 17 de diciembre de 1885. En el Africa occidental una sublevación de las tribus negras vecinas de Bakel fué fácilmente reprimida y el Sr. de Brazza fué nombrado comisario general del gobierno en el Congo francés.

El fracaso experimentado por Freycinet en su negociación con Inglaterra respecto á las Nuevas Hébridas, que quería unir á la Nueva Caledonia, pertenece á su política exterior en que no estuvo tan bien inspirado como en su política colonial.

Después de la solución del conflicto entre Servia y Bulgaria, Grecia había permanecido en armas, esperando la ejecución del tratado de Berlín, en cuanto le concernía, es decir, las compensaciones que le habían sido prometidas, y mantenía reclamaciones que hubieran tenido alguna probabilidad de ser admitidas por Europa, cuando todas las potencias temblaban á la idea de que la guerra pudiese generalizarse en la península de los Balkanes, pero que ya no tenían ninguna, una vez zanjada la cuestión entre los beligerantes del Norte. Y este fué el momento que escogió Freycinet para ordenar, el 23 de abril, al Sr. de Mouy que remitiese al Sr. Delyannis una nota en que Francia aconsejaba á Grecia que se mostrase conciliante. Dos días después, Delyannis cedió á los consejos de Francia y el 26 de abril enteró de su resolución á los ministros de Alemania, Austria, Inglaterra é Italia residentes en Atenas.

Aquella misma tarde, los ministros de las cuatro potencias, sin ponerse de acuerdo con el de Francia, entregaron un ultimátum á Delyannis, que lo desechó, y el 7 de mayo los representantes de las Cuatro salieron de Atenas. El Sr. de Mouy no tardó en seguirles: Freycinet lo había llamado con el pretexto de conferenciar con él, mientras la escuadra internacional bloqueaba

las costas de Grecia. Las Cámaras se hallaban demasiado ocupadas en la cuestión de los príncipes para que Freycinet fuese interpelado sobre el aislamiento diplomático en que su ligereza había colocado á Francia. Las cosas, sin embargo, fueron mejor de lo que se podía esperar: después de la retirada de Delyannis, Tricoupis se comprometió al desarme y, el 8 de junio, levantóse el bloqueo de las costas griegas.

Freycinet, indeciso, como siempre, en su política exterior, con intermitencias de firmeza, dejó contestar por el rey de los belgas la frontera trazada entre las posesiones francesas y las del Estado libre del Congo, conforme al acta general de la Conferencia de Berlín. Si las tropas francesas, enviadas á las Nuevas Hébridas para la protección de sus compatriotas, plantaron en ellas la bandera de su nación, Freycinet se excusó de ello en Londres, dando á entender que aquella ocupación sería efímera.

Más escuchado por León XIII, Freycinet obtuvo del Vaticano la ruptura de las negociaciones entabladas por China para el envío de un nuncio á Pekín, con lo cual Francia conservaba la influencia que le daba en el Extremo Oriente el Protectorado de las misiones católicas. León XIII, que en 1880 había negociado con Freycinet la sumisión de las congregaciones no autorizadas; que había recibido en junio de 1883 una carta de Grevy en que el presidente de la República le decía: «Vuestra Santidad puede mucho sobre los enemigos de la República;» que había contestado á dicha carta el 8 de febrero de 1884 exhortando á los obispos á que no se mostrasen hostiles al gobierno, aprovechó la ocasión para hacer á Francia una concesión que convenía á sus secretos designios. Francia era el mejor terreno para la evolución política y social de la Iglesia, cuya señal iba á dar el papa muy pronto.

Mientras que en Madagascar Francia parecía querer exigir el respeto absoluto del tratado de 1885, en el Cambodge parecía dispuesta, por razones de economía, á dejar á Norodom más independencia de la que le reconocía el tratado de 17 de junio de 1884.

El discurso pronunciado por Freycinet el 29 de noviembre en la discusión de los créditos pedidos para el Tonkín, fué su último acto como ministro de Negocios extranjeros. Los Sres. Raül Duval y Jorge Perin habían pedido una vez más la evacuación: el presidente del Consejo tuvo que plantear la cuestión de confianza para obtener de una Cámara francesa que Francia conservase el Tonkín; una mayoría de 24 votos zanjó la cuestión contra los partidarios de la evacuación, que eran todos los diputados de la derecha, todos los de la extrema izquierda y muchos de la izquierda radical.

Cuatro días después, la derecha y la extrema izquierda y unos veinte diputados de la izquierda radical tomaron su revancha sobre los subprefectos y sobre el gobierno. Una enmienda suprimiendo todas las subprefecturas á partir del 1.º de enero de 1887, fué adoptada por 262 votos contra 249, á pesar de la opinión en contra del ministro del Interior y del presidente del Consejo. Media hora después de este voto el gabinete había presentado su dimisión.

El tercer ministerio Freycinet había vivido once meses y había vivido á fuerza de concesiones y debilidades, soportando la protección altiva y caprichosa de Clemenceau, contribuyendo á hacer todavía más ingo-

bernable á la Cámara elegida en 1885, contribuyendo también á aquel desprestigio del poder y á aquella perversión del espíritu público que tan lamentables hicieron el final de la presidencia Grevy y el final de la legislatura de 1885.

En la crisis política creada por el derrocamiento de Ferry y por las elecciones de octubre de 1885, el ministerio Brissón, el tercer ministerio Freycinet y los demás gabinetes que les siguieron, las dos elecciones presidenciales de 1885 y 1887, el wilsonismo y el boulangismo no son más que incidentes de importancia secundaria, porque no son más que efectos cuya causa debe buscarse en la Asamblea misma, en sus disensiones, que duraron hasta el último momento, en su falta de sentido político, en la sucesión trastornadora de sus mayorías sin duración y sin consistencia.

XVII

La crisis ministerial abierta por la retirada de Freycinet fué larga, confusa y agitada. Dos de los tres grupos de la izquierda y un miembro del gabinete dimite intervinieron en ella, contribuyendo á hacer más difícil la tarea del presidente de la República, sin ilustrarlo en lo más mínimo, mientras públicamente se hablaba de un Congreso de revisión, de una dictadura militar y de una marcha popular sobre el Elíseo.

Un periódico impreso en Limoges, *La Francia militar*, que recibía las confidencias y las comunicaciones del general Boulanger, lo había designado claramente para la dictadura. El 9 de diciembre, la *Agencia Havas* dió á conocer á toda Francia una carta dirigida por el gabinete del ministro de la Guerra al Sr. Lavauzelle, director de *La Francia militar*, carta extraña, escrita en estilo familiar, que trataba de las cosas más graves casi en broma y que contenía esta pregunta: «¿Qué se debe contestar á los que ya no sólo pretenden que estéis subvencionado por el ministro de la Guerra, sino que lo estáis por sus peores enemigos?» La *Agencia Havas* no puso en conocimiento del público la contestación que el Sr. Lavauzelle debió dar. *El Intransigente* y *La Linterna*, que aún no eran los *Monitores* oficiales del ministro de la Guerra, nada dijeron, y la personalidad del general Boulanger conservó su carácter peligrosamente enigmático. En diciembre de 1886, este general era aún posible en un gabinete parlamentario, si el jefe del gabinete no profundizaba las cosas, pero ya hubiera podido figurar en un gobierno de golpe de Estado.

El presidente de la República no empezó sus gestiones para la solución de la crisis ministerial hasta el 6 de diciembre, después de haber concedido dos días enteros á las deliberaciones de los grupos parlamentarios. Inaugurando una costumbre que había de convertirse en regla, Grevy dirigió en primer lugar á los presidentes del Senado y de la Cámara, Sres. Le Royer y Floquet. Luego acudió sucesivamente á Freycinet, que contaba con todas las simpatías y preferencias del Elíseo; á Brissón, á quien no querían tanto; á Julio Ferry, á quien no se quería poco ni mucho, y circuló el rumor de que se había encargado definitivamente á Floquet que constituyese el gabinete. Poco después se supo que

René Goblet, ministro de Instrucción pública en los dos últimos gabinetes, cediendo á instancias de Grevy y del mismo Floquet, aceptaba, aunque sin entusiasmo, la sucesión poco ambicionada de Freycinet.

Con la firmeza y decisión de su carácter, Goblet pronto hubo elegido sus colaboradores. Conservando casi todos los miembros del gabinete anterior, tomó la cartera del Interior y de Cultos con la presidencia del Consejo é hizo pasar á Sarrien á Gracia y Justicia. Su sucesión en la Instrucción pública recayó en un sabio de reputación europea, en el eminente químico Berthelot. La de Carnot en Hacienda fué dada al senador y magistrado ilustre Sr. Dauphin. La de Freycinet en las Relaciones extranjeras no se confirió hasta el 13 de diciembre al Sr. Flourens, ex director de Cultos y presidente de sección en el Consejo de Estado.

El gobierno del 11 de diciembre, con sus competencias probadas, con sus elementos moderados, con el carácter de su jefe, tan ajeno á todo charlatanismo, hubiera podido durar mucho y, sin embargo, no duró más que cinco meses, porque encerraba el elemento disolvente por excelencia, el general Boulanger.

Goblet empezó bien con una declaración breve y modesta. Su política en el exterior sería prudente y firme. En el interior, como la situación parlamentaria creada por las elecciones de 1885 no permitía tener grandes ambiciones, se contentaría con gobernar y administrar lo mejor posible, para atraer de nuevo á la República las poblaciones que se había tratado de alejar de ella, y la afirmación de una República «abierta,» aunque velada, no pasó inadvertida.

Los moderados y los conservadores aceptaron también como un compromiso del gabinete el anuncio de que todas las cuestiones, para las cuales no existía manifiestamente una mayoría en la Cámara, serían aplazadas: en el número de estas cuestiones figuraba la de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, y desde el primer día, Goblet renunció valerosamente á inscribir la separación en su programa ministerial.

Este programa se reducía á tres artículos. En primer lugar el gabinete procuraría introducir serias economías en la hacienda y reformar el sistema de impuestos. En segundo lugar continuaría la obra de simplificación administrativa, indicada por el voto de 3 de diciembre, sin desorganizar la administración y sin desarmar al gobierno. En tercer lugar procedería á la aplicación de las leyes recién votadas sobre la enseñanza, que completaría regularizando la situación y aumentando los sueldos de los maestros y de las maestras. Después de haber enumerado las leyes militares sometidas al Parlamento, los proyectos relativos á la agricultura, á la industria, á los trabajadores y á la Exposición de 1889, el presidente del Consejo solicitaba de los diputados que concediesen una mayoría al programa muy limitado que les sometía: consideraba como una prueba de confianza el voto de los dozavos provisionales que las circunstancias le obligaban á pedir al Parlamento, y éste se lo concedió el 14 de diciembre por 522 votos contra 11. Dos días después se los otorgó el Senado por 241 votos contra 31. La Cámara tomó en consideración una proposición en favor de las víctimas de 24 de febrero de 1848 y se dió por terminada la legislatura extraordinaria de 1886.

Faltaba equilibrar y votar los presupuestos; pero el país podía gozar, desde el 18 de diciembre de 1886 hasta el 11 de enero de 1887, de la famosa tregua anual.

En el exterior, la situación era relativamente favorable al finalizar el año de 1886. El Reichstag había aplazado para enero el voto sobre la ley militar que tanto había de repercutir en la política francesa. El Quirinal había denunciado el tratado de comercio franco-italiano; pero aquella guerra arancelaria, si guerra había, no estaba declarada únicamente á Francia, pues Roma había roto al mismo tiempo sus relaciones comerciales con Austria-Hungría. Las relaciones de Francia con Inglaterra, respecto á Egipto, permanecían en el *status quo*: mientras la Puerta pedía en vano la evacuación al gabinete de Saint-James, conforme á la Convención de 22 de octubre de 1885, Francia gestionaba con él la cuestión pendiente de la neutralidad del canal de Suez.

En Madagascar, los hovas contrataban un empréstito con el *Comptoir d'Escompte* francés y se disponían á saldar la indemnización de guerra en garantía de la cual Francia ocupaba Tamatava. En el Cambodge, el rey Norodom se mostraba satisfecho con los vestigios de poder que le habían dejado. Las relaciones de los franceses con sus vecinos del Tonkín y Li-Hung-Chang encargaban á ingenieros franceses importantes trabajos que hacían ejecutar en Puerto-Arthur.

Durante los meses de enero y febrero de 1887, el trabajo parlamentario se redujo casi á la discusión y votación de la ley de Hacienda para 1888. Además de resolver esta cuestión primordial, el Senado pudo deliberar sobre la capacidad civil de la mujer separada, sobre la ley de 1888 relativa á los dementes, que modificó á fin de proteger mejor la libertad individual, y sobre la naturalización, que trató de hacer más fácil y menos onerosa. Desde 1870 hasta 1886, el número de extranjeros residentes en Francia se había elevado de 801.000 á 1.115.000. El Senado acordó que ningún varón nacido en Francia, de padre extranjero nacido en Francia también, podría repudiar la calidad de francés á no ser que probase estar libre de quintas en su país.

Dauphin y Goblet habían preparado el primero un proyecto de impuestos sobre la renta y el segundo un proyecto de supresión de subprefecturas. Suprimíanse en cincuenta y cinco departamentos sesenta y seis subprefecturas que eran agregadas á las mantenidas. Las comisiones nombradas para el examen de los proyectos ministeriales se mostraron poco favorables. La comisión de las subprefecturas contenía cuatro miembros opuestos á toda supresión y siete partidarios de la supresión total. La comisión de Hacienda rechazó las combinaciones del ministro encaminadas á la nivelación de los presupuestos y se pronunció en favor de una emisión de obligaciones sexenarias. El gobierno cedió sin insistir enérgicamente en pro de su proyecto.

En la Cámara sólo hubo discusión sobre los artículos en que intervenían los partidos como para medir sus fuerzas: sobre los referentes á los fondos secretos del ministerio del Interior y á los cultos subvencionados. Los fondos secretos fueron concedidos á Goblet por 265 votos contra 213 y el presupuesto de Cultos fué aprobado por 331 votos contra 173 partidarios de la denuncia del Concordato.

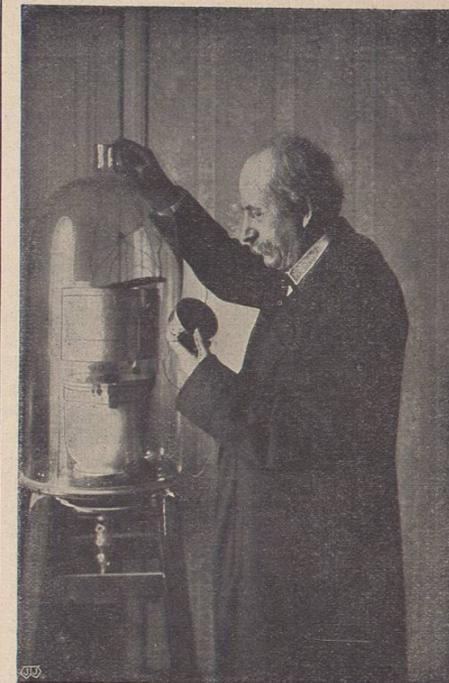
La Cámara terminó el 5 de febrero la discusión del presupuesto de gastos. En el de ingresos, disminuyó aún la amortización en ocho millones y elevó el rendimiento de la tasa sobre los azúcares, que no habían producido más que 133 millones en el último ejercicio, á 168 millones para 1887. Por 257 votos contra 228, la Cámara invitó al gobierno á preparar para 1888 un proyecto de impuesto sobre la renta. El Senado discutió rápidamente los presupuestos, adoptó sin entusiasmo las proposiciones de la Cámara y restableció los créditos propuestos primitivamente por el gobierno para el personal de la administración central de Hacienda y para los subprefectos: unos y otros habían permanecido en funciones desde el 1.º de enero. Esta consideración no impidió que la Cámara suprimiera definitivamente el crédito de un millón y medio para el personal de Hacienda. Al cabo de tan larga y penosa génesis, los presupuestos de 1887 se fijaron en 2.958 millones para el ordinario y 171 millones y medio para el extraordinario. No se había realizado ninguna de las optimistas esperanzas de Carnot.

Los actos del general Boulanger ocupan un puesto aparte, preponderante y engorroso, en la historia del ministerio Goblet. A distancia, su personalidad eclipsa la de sus compañeros de gabinete, y una reseña completa de aquellos cinco meses ha de confundirse á menudo con la biografía del ministro de la Guerra. Mientras sus proyectos fueron simplemente comentados y ampliados por una prensa que tenía menos autoridad que lectores, mientras sus miras ambiciosas recibían el estímulo de periodistas que sólo querían oponerlos á adversarios políticos, no hubo más que encogerse de hombros. Pero la indiferencia y el desdén no fueron ya lícitos cuando la patria se vió amenazada como las instituciones, y el peligro se presentaba amenazador allende los Vosgos. Los alemanes no habían sido de los últimos en darse cuenta de la creciente popularidad del general Boulanger, y el príncipe de Bismarck no era hombre para desperdiciar, en su lucha contra el Reichstag, el arma que le proporcionaba oportunamente el patriotismo exaltado de los franceses.

Francia estaba loca por el ministro de la Guerra. A los paisanos les entusiasmaba su porte, su afabilidad, su aire franco y abierto; los militares no estaban envidiosos de su rápida carrera, justificada por veinte acciones de guerra en que se había distinguido por su arrojo; todo el que le trataba de cerca experimentaba la seducción de su jovialidad comunicativa y quedaba admirado de su facultad de asimilación, de su memoria prodigiosa, de su maravillosa habilidad en presentar teatralmente las cosas. No había quien no reconociese que había hecho vibrar la fibra nacional y que inspiraba al soldado una confianza sin límites.

Durante doce ó trece años Francia había trabajado en silencio para su regeneración. Lanzada luego á las expediciones coloniales, en que alcanzó gloriosas victorias, se había acostumbrado á repetir los nombres de los militares que en Túnez y en el Tonkín hicieron tremolar noblemente su bandera. ¿Qué extraño es que se entusiasmara por el que había mostrado tanta bizarria como el que más y que parecía destinado á añadir, en otros campos de batalla, un nuevo lustre á sus armas? La simpatía por el general Boulanger era profunda: no

se necesitaba ser un observador muy perspicaz para verlo, y sólo un hombre político muy tímido ó muy falto de experiencia hubiera dejado de sacar partido contra Francia de aquel renacimiento del espíritu militar. El canciller de hierro nada tenía de tímido ni de inexperto. El 14 de enero el Reichstag sólo había concedido para tres años los aumentos de crédito y de efectivo; había sido disuelto y en Alemania había empezado una campaña electoral de las más violentas. Antes de la disolución, para obtener el voto de la septenalidad, Bismarck había mostrado al general Boulanger como un gran



Berthelot

caudillo y como un futuro dictador. Después de la disolución, para obtener un Reichstag más dócil, lo presentó como el hombre lígido de los radicales y como aspirante á la revancha. Al mismo tiempo, para sembrar entre los franceses el trastorno y la inquietud; para provocar una imprudencia, un simple movimiento de impaciencia que hubiesen favorecido sus designios, obró en la frontera como si la guerra hubiese debido estallar al día siguiente: todos los traslados de tropas, todas las pruebas de fusil se hacían, por decirlo así, á la vista de los franceses en Alsacia y en Lorena. En el mundo de los negocios los temores fueron tan vivos que la renta bajó en la Bolsa de París tres enteros durante aquella crisis. A medida que se acercaba el desenlace, el tono de los periódicos alemanes, y, sobre todo, el de la prensa oficiosa, era más agresivo y el gobierno francés esperaba en una especie de angustia el 21 de febrero, día señalado para las elecciones de diputados al Reichstag. Afortunadamente y contra lo que todo el mundo esperaba, Francia supo guardar una actitud pacífica. Hasta